

IRIS



NUM. 173

BARCELONA, 30 AGOSTO 1902

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid





# HOJAS DE MI VIDA

Hundido en mis pensamientos, sin darme cuenta de lo que á mi alrededor podría pasar, atravesaba la Via Alessandro Manzoni, bonita travesía que en la populosa Milan existe; tan abstraído me encontraba que no reparé iba siguiendo las huellas de dos señoras elegantemente vestidas que en correcto italiano sostenían amigable con-

versación con un joven de simpática apostura que á poco de observar daba á conocer que aun pudiendo ser de nacionalidad italiana no obstante en ciertos detalles se comprendían perfectamente costumbres de Norte América.

De las dos señoras, una de ellas, la más joven, representaba tener unos venticuatro años; su delgado talle y su continente me parecieron tan hermosos cual eran los encantos que al imaginario de perfil pudiesen inspirarme; la otra señora de edad más avanzada, pues rayaría en los cuarenta y cinco, aun cuando más gruesa me simpatizó al extremo de poder apreciar semejantes facciones que en la primera.

¡Cómo se parecía aquella mujer á la idealizada imagen de mis noches tristes! Habiéndola conocido en Barcelona no podía arrancarla de mi mente; la tenía grabada con letras de fuego en mi despedazado corazón martirizado por la ausencia; decidido por fin á encontrarla, aun á costa de los más grandes sacrificios, en mi delirio de hallar á aquella mujer que en su despedida se había llevado junto con mi corazón mis pensamientos, salí de Barcelona en el «piccolo» *M. L. Villaverde* con dirección á Génova, patria de aquel genio inmortal, descubridor de aquella perla antillana cuna de mi nacimiento, tierra arrulladora de los primeros y más felices años de mi vida.

Una vez llegado á esta ciudad me instalé en un hotel magnífico que hay en su principal bulevar, recorriendo después gran parte de la población y su hermoso puerto, dejando para final su necrópolis, admirable sobre toda ponderación con sus largas y anchas galerías y las dos filas de sepulcros con la esfinge del que reposa en cada uno de ellos, talladas artísticamente en un mármol de sorprendente blancura.

Dos días después de esta excursión que hacía con objeto de aminorar mis penas, me dirigí á admirar el palacio «Pallavicini» con sus fascinadores jardines; nada puede esconder tanta hermosura en medio de tanta majestuosidad; cuanto el arte pudiese encerrar de bello, cuanto la escultura de magnificencia, cuanto la pintura de encantador se encuentra allí; aquello más bien parece formar la ilusión soñada de algún paraíso amoroso, con sus grutas, cascadas, jardines y cristalinos lagos.

Cansado ya de visitar la magnificencia de todas estas cosas y muchas más, embriagado ante el recuerdo de aquella gentil italiana ideal de mi albedrío, marché á Milan con el ánimo de poder verla, aunque solo fuesen horas, ya que mi permanencia en Barcelona era precisa por las exigencias de mi carrera y si franco he de ser, este pensamiento solo podía mitigarse ante el pensar continuo de encontrarme en aquella capital sin rival, patria y origen de tan grandes artistas; la del suave y amoroso clima... la de aquel cielo tan diáfano y azul como el de mi inolvidable Cuba.

Embebido en mis ideas y sin querer oír la conversación que sostenían mis tres desconocidos á que antes me refería, marchábamos con dirección al «Hotel Milano» que en dicha calle y no lejos de donde nosotros nos encontrábamos estaba edificado.

Una vez en dicho edificio me separé de ellos, no por eso dejándome de recordar de aquella mujer que constituía el emblema de mi vida y que casi fiel retrato de ella por lo que había podido observar en nuestro camino, me impulsaba á buscarla por las calles de una capital que, como Milan, hace extraviarse aun á los mismos que moran en ella.

Más no duró mucho mi preocupación; un día que hastiado de buscar la vía donde residía la mujer causa de mi costoso viaje, la cual no me fué posible encontrar, cuando regresaba á dicho hotel, me encontré en el salón de lectura á mis tres desconocidos, causándome la más profunda impresión, que podrá recibir en todos los días de mi existencia.

De mis tres desconocidos conocía á las dos señoras... y á él... á él, no lo hubiera querido conocer nunca; más la suerte ó la desgracia me lo ponen en mi camino... Era un abogado de California que ciegamente enamorado de la mujer causa de mis desvelos y del cual celaba yo hacia algún tiempo... venía á visitarla... quizá á obligarla á que correspondiese á aquella pasión insensata que le aniquilaba.

Lo que por mis ojos pasó no lo puedo explicar; solo sé que lo insulté... que lo llené de oprobios y cuando acercándose á ella le iba á pedir corroborase aquellos juramentos hechos en donde yo estaba de guarnición... solo supo contestarme: «Adiós... ¿has podido dudar de mis amores?... Acuérdate de mí.»

Aborto en mi locura por aquella mujer á quien adoraba con todas las faerzas de mi alma, creí que aquella despedida era eterna y acercándome á mi contrario á quien creí origen de mis males le abofeteé, dando como resultado de aquella escena la entrega de su tarjeta que acepté ansioso de vengar en él la ofensa inferida á mis infortunados amores.

Al siguiente día después de estipuladas las condiciones concernientes al caso, una de las cuales era la demuerte, verificábase el duelo; colocados á veinte pasos y dada la señal se oyeron dos detonaciones; yo más afortunado que mi rival resulté ileso, viendo con espantados ojos que mi contrario caía en tierra; todo mi odio desapareció de improviso y acercándome á aquel hombre que yacía muribundo, intenté pedirle perdón de mi venganza... más no me fué posible; estrechándole la mano, solo pude percibirle en su agonía: «Es inocente, es un angel... ella lo merece todo.»

Una vez fuera de allí quise buscarla para hacerle presente la inmensidad de esta afeccción que me consumía, más todo fué inútil... todas mis pesquisas resultaron estériles.

Hoy en que pasados dos años vivía con relativa paz, aun cuando sin el alivio de aquel recuerdo que quizá viva perenne en mi memoria, lejos del mundo con quien no quería mezclarme, han vuelto mis sufrimientos á recurrirme; esta mañana he recibido una lacónica esquela donde con diminuta letra solo me escriben estas líneas: «Si algún día hubiera podido ofenderte tan solo con el pensamiento, á ti, que tanto me has querido, me hubiera considerado como el ser más despreciable de la tierra; pero al mismo tiempo puedo asegurarte que jamás han podido quererte como te ha venerado siempre tu «Catalina».

Aquellos amores que no extinguidos, pero sí casi apagados ante la creencia de su ingratitud y que aun sus cenizas iban minando mi entristecido corazón, hoy como voraz volcán vuelven á dominar mi alma, haciéndome ver mi felicidad de días pasados con la nueva aureola de la sinceridad y pureza de aquella mujer que en mi existencia viene á ser el faro que me guía en este borrascoso mar de vicisitudes donde me creía naufragar y que con esta carta me conduce á ese puerto soñado de mis más caras ilusiones.

EDUARDO ESCARTIN

(Dibujos de P. Molinas)





EN EL SALON.



## LA MALA HIERBA Y LA HIERBA BUENA

Pacía en la verde y abundosa pradera, compacto rebaño de inocentes ovejuetas. A su placer se teaban, diseminándose después, las unas á un lado; al otro las otras, corréteando éstas, paradas aquellas. Todas lamentaban, que la hierba que no servía para su alimento creciera sin tasa, mientras que la preferida era exigua y poco abundante.

Al oír las continuas quejas de todo el rebaño, dijo la más vieja: —¿Queréis saber el porque de esa escasez?—Un balido de aprobación fué la respuesta.

•Pues escuchad,—continuó la preopinante.—La hierba mala crece mucho porque nadie hace caso de ella ni se emplea para nada; su exuberancia es inútil; por lo tanto vive tranquila hasta que se seca.

•Al contrario á la hierba buena no la damos tiempo á crecer cuando con avidez la devoramos. Dejádla que crezca y vereis que no solo por ser buena es raquítica; dejádla y se hará tan alta y lozana como la mala.

•Así hay muchos racionales,—añadió sentenciosamente.—No llegan á santos porque cuando principian á ser buenos, la cizaña oculta sus virtudes ó la envidia les devora.

## LA ROSA Y LA AMAPOLA

Decía la altiva rosa á la humilde amapola:

—No te acerques á mí nunca, me desprestigiarias. ¿Que eres tú? Flor sin fragancia, despreciada por todos y por todos olvidada, te marchitas sin que nadie haya osado aspirar tu deletéreo perfume.

—Tienes razón amiga,—contestó la amapola.—De mí nadie hace caso; yo nazco en el sembrado, en él vivo, veo nacer, verdecer y madurar la mies y afanoso el segador recogerla; soy su compañera, y por eso no puedo tener aromático perfume, porque no aspiro más que miserias; sobre mí vierte el segador sus sudores, y á veces lo que es más amargo, sus lágrimas. Tú en cambio, eres disputada por jóvenes bellas, simbolizas la hermosura, te adulan, te enaltecen y á lo mejor despiadada pinchas, y yo, que si es verdad no embalsamo con aromático perfume, tampoco pincho, muero olvidada de todos y pisada por ese mismo segador á quien envío á veces torrentes de ternura.

—Lo cual prueba, que para ser notado en el mundo hace falta á veces fragancia y á veces espinas que estimulen á la humanidad á rasgarse las carnes por poseernos.

ANGEL MACÍAS



## LLEGÓ EL DÍA

Papá, mamá y el niño no tuvieron en todo aquel día, uno de los primeros de diciembre del año pasado, ni un pedazo de pan que llevarse á la boca.

Al fin había llegado el día del hambre, esperado con terror desde hacía ya largo tiempo.

¿Cómo fué aquella pobre trinidad hasta el triste lugar donde se encontraba?

Es bien sencillo saberlo.

Primero las enfermedades consumieron los pocos ahorros que poseían; la repentina falta de trabajo consumió el crédito. Luego... de mal en peor.

—Llegará el día,—pensaban el padre y la madre,—en que no tengamos ni un pedazo de pan que dar á nuestro pobre hijo.

Y así sucedió.

La noche anterior al día aquel del mes de diciembre cenó la infeliz familia un pan. Para comprarlo vendieron á uno de los vecinos de la casa, hombre algo dado á la fastuosidad, unas zapatillas moranas que hasta entonces no habían tenido salida.

Aquel detalle de la venta de lo que un día fué un lujo en la casa, un capricho, entristecía el alma.

¡Cuánta diferencia del pasado al presente!

Entonces, allá en el pasado, que parecía remotísimo porque el camino de la pobreza había sido aunque rápido, muy duro de andar, se alcanzaba de cuando en cuando la satisfacción



de cualquier goce modesto. Días había en que el pobre de hoy sorprendía á los suyos con un obsequio tan agradecido en el hogar como si fuera lluvia de oro.

Hoy...

El jefe de la familia, hombre laborioso é inteligente, quedó sin trabajo. La casa donde prestaba sus servicios se cerró por haber sufrido grandes pérdidas por causa de nuestro desastre colonial.

Al principio en el hogar no se notó materialmente la cesantía gracias á los ahorros hechos merced á una prudente parsimonia que en los tres años de matrimonio habían observado.

Al casarse el porvenir les sonreía. El, querido y estimado de sus jefes, tenía un sueldo de setenta duros mensuales. Marchaba temprano de su casa, trabajaba con alegría y sin descanso, y, al caer la tarde, volvía á su hogar gozoso y satisfecho de su suerte.

Aquella casita era un nido encantador; el nidito, como ellos la llamaban, estaba situado hacia el final de la calle de Ferraz; desde su altura, un piso cuarto, señoreábase un hermoso y amplio paisaje: mirando al final de la calle se veía el Guadarrama, siempre, aún en agosto, coronado de nieve; al frente, la Casa de Campo y el ancho cauce del Manzanares surcado por un hilo de agua...

En la casita todo era nuevo y amorosamente cuidado. La sala con sus dos balcones, desde los que se veía el campo y el cielo, era el cuarto de trabajo lleno de libros y adornado con aguas fuertes. Allí se pasaban las veladas en amor y compañía papá, mamá y el niño.

Los domingos y los días de fiesta, la feliz trinidad iba al campo, donde merendaba alegremente

y donde al aire libre lucían su dicha que, sin duda, era recreo de Dios, porque la merecían y sabían agradecerla.

Así pasaron tres años. Vivían contentos y nada ambicionaban. Como ella no era vanidosa y él no tenía vicios, su mediano pasar era para ellos dorada medianía. La vida de ambos se reconcentraba en el hogar y no daban nada ni de su peculio ni de su libertad, ni para sostener apariencias, ni para gastarlo en sacrificio de eso que se llama conveniencias sociales.

Todos los meses á su terminación sobraban algunos duros de la paga, que iban á juntarse con algunos billetes ahorrados.

Las verdaderas necesidades quedaban cubiertas, y los goces sencillos y honestos eran atendidos cuidadosamente porque, como decía el jefe de la familia, era preciso dar á la vida lo que era de la vida.

Después de los primeros meses de cesantía se fueron sosteniendo las esperanzas con promesas y algunos trabajos que encargaban á Ramirez varias casas comerciales.

Si una puerta se cierra otra se abre, se decía el pobre para animar á su esposa; pero esa puerta no se abría.

Al contrario, todas se iban cerrando á piedra y lodo cuando llamaba en ellas.

Los ahorros fueron poco á poco acabándose.

Un día fué preciso empeñar.

Otro hubo que vender

Más tarde pidió prestado.

Luego... luego ¡Dios mío, que vergüenza! no hubo más remedio que pedir por caridad para comer.

La desgracia se había cebado en aquel hogar y mandó enfermedades para todos, y uno á uno visitaron los hospitales.



Aquel día, día nefasto, helado y crudo llegó al fin.

El hambre se sintió en aquel hogar antes feliz.

Y sin embargo el horror que produjo en la misera trinidad no fué tan grande como esperaba.

Habían sufrido tantas miserias, habían pasado por tantas penas, habían llorado tanto, que al caer el sol y cubrir las tinieblas, los ámbitos de la miserable guardilla que habitaban, miraron con los ojos abiertos, muy abiertos, el horrible espectro, con ojos impasibles, como quien ya no encuentra nada que sea capaz de arrancar ni una queja ni un gemido.

El pobre niño, aterido de frío, adormecido por la inanición se quedó postrado.

La madre, estrechándole entre sus brazos, procuraba darle algún calor.


Fuera se oía el aquilón y la lluvia que caía sin cesar. Todo estaba negro.

El padre, que tantas veces había pedido trabajo, encorvado como si hubiera vivido cien años, bajo el peso de su triste sino, salió á la calle y pidió limosna.

Y no sintió vergüenza, porque, como él decía, tenía el corazón y la dignidad acorchados.

TOMÁS CARRETERO





## A UN PÁJARO

**A**VECILLA gentil: ¿cantas ó lloras,  
ó conmueve mi pecho sin motivo  
esa música dulce que percibo  
del viento entre las rátagas sonoras?

En la escondida selva donde moras  
ensayando tu vuelo fugitivo,  
¿nada te dice el pájaro cautivo  
que en triste soledad cuenta las horas?

Si de tu suerte misera te quejas  
cuando todo es perfume luz y encanto,  
para el invierno y el dolor ¿que dejas?

¡No me parezco á ti! ¡Su oscuro manto  
me ciñe la vejez: muerdo las rejas  
de mi estrecha prisión, y alegre canto!

MANUEL DEL PALACIO





## HORAS NEGRAS

Hay días en que uno se levanta dispuesto á toda clase de reflexiones serias, días en que se vé la vida por el lado triste, días en que es inútil buscar esparcimiento y distracción, porque solo se

hallan pesares y preocupaciones. Yo me he levantado hoy alegre; soñé anoche que eran realidad mis esperanzas más queridas, y me sentí feliz siquiera en sueños, recurso único que nos queda á los que deseamos serlo y no lo somos. Me levanté alegre, digo, pero no hay dicha completa.

El correo vino á turbar la paz de mi espíritu.

Me escribe Petra Gomis, una muchachita vivaracha y bondadosa, que es buena amiga mía,—nada más que amigo, maliciosos lectores,—y en su carta encuentro motivo justificado á mis tristes pensamientos de ahora.

«No hallo en parte alguna,—dice Petra,—aquella tranquilidad venturosa que fué mi solo anhelo en mejores días. No puedo acostumbrarme á esta vida de sacrificios inmensos, á esta vida miserable en la que hay que posponer los mandatos del corazón á exigencias de muy distinta índole.»

Y para probar su aserto, ella, mi buena amiga, relata después su historia desde la época en que no nos vemos; relata su historia, una historia de intimidades encantadoras, de desilusiones acerbas, de horribles desencuentros...

«Me abandonó el hombre en quien puse mis esperanzas; me he casado con otro al que no quiero, obligada por exigencias de mi familia y por estímulos de un amor propio mal entendido.»

Se ha casado Petra con un hombre á quien no quiero, como se casan muchas, muchísimas mujeres en estos tiempos calamitosos...

«Comprende ahora,—acaba Petra,—mis amarguras inextinguibles, mis horas inacabables de desolación y llanto. Soy infeliz, y es inútil que corra tras una dicha que huye de mí presurosa y á la que no puedo aspirar ya nunca.»

La carta de mi amiga es el lamento de una de tantas víctimas de esta sociedad estúpida en la que el amor verdadero no es casi nunca correspondido, de esta sociedad negligente ó loca que destruye loables iniciativas y adopta en todo género de asuntos resoluciones disparatadas.

Por eso los días en que uno desea ser feliz, sucede lo opuesto, al pensar en que es forzoso mirar la vida por el lado triste y que resulta inútil buscar esparcimiento y distracción donde solo se hallan preocupaciones y pesares.

FERNANDO FRANCO



## DESPUES DEL COMBATE

Las primeras sombras de la noche envolvían los objetos difuminando apenas sus contornos; en el ambiente flotaban todavía ecos de triunfos, gritos de rabia, humo de pólvora elevándose hacia el espacio infinito en azaladas espirales, y recibiendo los moribundos resplandores de un sol tropical, que se hundía poco á poco en el horizonte, entre nubes estriadas de sangre. Al estampido del cañón, al estruendo de la fusilería y al redoble de los tambores habíase sucedido un silencio absoluto que envolvía como triste sudario los negros despojos de la muerte, la obra destructora de los proyectiles; y entre aquel montón de carne destrozada por la metralla ¡encarnado acaso el heroísmo con toda la grandeza de lo anónimo, sin mas ejecutoria que un rostro contraído y una mano crispada que oprime los destrozados pliegues de una bandera...!

Una fila interminable de camillas repletas de carne sanguinolenta y rota era conducida al hospital de sangre situado á cierta distancia del lugar de la acción.

Los dos hablaban; el herido penosamente como si en cada palabra perdiese algo de aquella vida que escapábase por instantes de su pecho atravesado de un balazo; la hermana de la Caridad que se hallaba á su lado, como si en su interior se mantuviese una lucha invisible y sobrehumana. Aquella historia que acababa de oír era su propia historia, sí, ella la mujer ingrata que pagó con el olvido y el desprecio un cariño rayano en la idolatría; ella la que persiguiendo una quimera de ambición lanzase sin reparo en la senda del vicio y marchitó las místicas azucenas de la virginidad en los inmensos pantanos mundanales; era ella; y el moribundo el herido ¡era él!

—Perdónela hermano, perdónela,—balbuceó la religiosa.—Y el herido movió energicamente la cabeza.

Dos lágrimas abrasaron las mejillas de la religiosa; el momento supremo llegaba, aquel hombre dejaría de existir dentro de unos instantes y la hermana de la Caridad sentía en su alma el cauterio del remordimiento.

Hubo una pausa; la monja que apenas tendría treinta años y cuya belleza se apreciaba bajo los hábitos severos que la envolvían echóse atrás la toca, acercó su rostro al rostro del agonizante y con voz dulcísima le dijo:

—Perdóname, yo te lo pido en nombre de Dios; mírame... ¿no me conoces?

Abrió el soldado desmesuradamente los ojos, fijólos en su interlocutora, una contracción suprema agitó sus miembros mientras la hermana de la Caridad mirando alrededor para evitar una sorpresa enlazaba sus brazos mórvidos al cuello del herido y recogía en sus propios labios su último aliento...

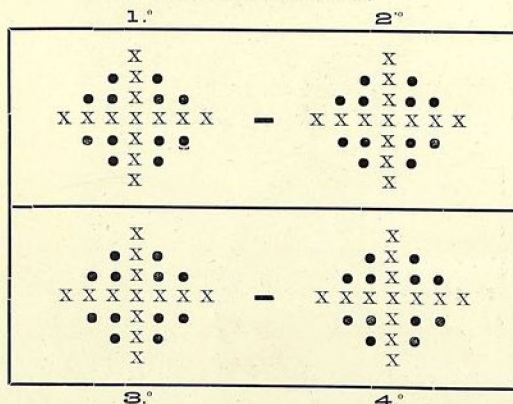
FERNANDO DE URQUIJO

(Dibujo de P. Molinas)



# PEPITORIA

DOS GLORIAS DE LA MÚSICA ITALIANA, por Novejarque  
(CUATRO LOSANGES ACRÓSTICOS)



Leáse correlativamente en líneas horizontales y verticales en los losanges:

## 1.° Y 2.°

1.<sup>as</sup> líneas. Número romano.—Letra dominical.

2.<sup>as</sup> Adjetivo; bajo, despreciable, indigno, etc.—Pez de mar.

3.<sup>as</sup> Planta, arveja.—Casa ó cámara donde se recogen los granos.

4.<sup>as</sup> Nombre y apellido de un inspirado maestro compositor de música italiano, cuyas partituras son muy aplaudidas en todos los coliseos del mundo.

5.<sup>as</sup> Raya ó renglón.—(Hernán Pérez de) Distinguido moralista y buen escritor en prosa, español, de Córdoba.

6.<sup>as</sup> Nombre genérico de las jaras comunes de España.—Princesa fenicia, hermana de Pigmalión, rey de Tiro y hermana de Dido.

7.<sup>as</sup> Levante.—Letra numeral.

Leáse correlativamente en líneas horizontales y verticales en los losanges:

## 3.° Y 4.°

1.<sup>as</sup> líneas. Letra consonante.—Signo con que los médicos empiezan sus recetas. Sirve también para muchas abreviaturas en las matemáticas, química, etc., etc.

2.<sup>as</sup> Alabanza.—Instrumento de agricultura que se usa en Méjico en lugar de la azada.

3.<sup>as</sup> Elogiado, alabado.—Generación ó linaje.

4.<sup>as</sup> Nombre y apellido de otro célebre compositor de música, italiano, autor de famosísimas obras.

5.<sup>as</sup> Población árabe movable y compuesta de tiendas, chozas ó cabañas, agrupadas por lo común en forma circular.—Rey de los hunos hacia el año 433 de la era cristiana.

6.<sup>as</sup> Percibir un sonido.—Medida de longitud en unas partes más larga y en otras más corta que el metro.

7.<sup>as</sup> Polo ártico.—Letra numeral.

La solución en el próximo número

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 35.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barbará.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacolliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacolliot.

*Orso*, por Enrique Syenkewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Houssaye.

*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

No hay que dejar que se crezcan los callos, pues siendo así podrían dar un disgusto, á no usar LADIVONSIM.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cádiz.—Barcelona.—Sí, señor.

M. P. S.—Arévalo.—Irá luego.

E. D. J.—Madrid.—Irá luego.

F. U.—Madrid.—Idem. Hay mucho original pendiente de publicación.

M. M.—Se publicarán á no tardar.

S. A. M.—Lérida.—Es lo de siempre: que hay mucho original.

M. M. S.—Callao.—Gracias. Se publicará.

L. C.—Pues, hará lo posible.

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Una máxima.—Las bibliotecas son el alimento del alma.

*Jeroglífico comprimido*.—Villano.

Particularidad de una dicción.—

## PROSAPIA

1 2 3 4 5 6 7 8

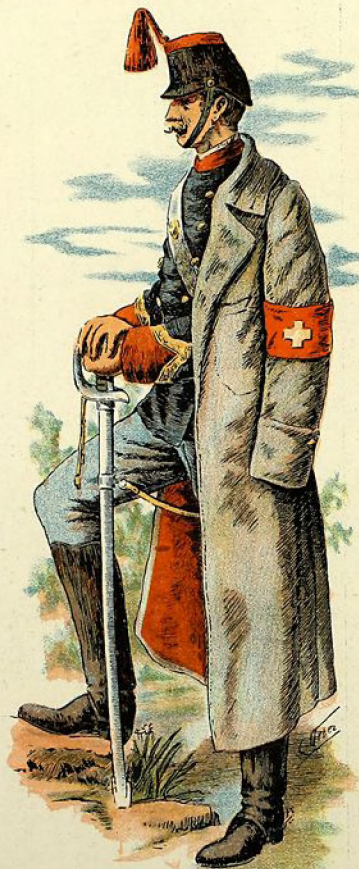
I.— P R O . . . . .  
II.— . R O S . . . . .  
III.— . O S A . . . . .  
IV.— . . . . . P I A  
V.— . R O . . A . . . .  
VI.— . R . . . . . I A  
VII.— . R O S A . . . . .

VIII.— . . . . . A P I A  
IX.— P R O . A . . . .  
X.— P . O . . P . A  
XI.— . R O . . P . A  
XII.— P . . . . A P . A  
XIII.— P R O S A . . . .  
XIV.— P R O . . P I A

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA ISÉRICA». PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

SUIZA



CABALLERÍA: OFICIAL